

que le aparta de Dios, ni llora, aunque le pierda. El lobo tiene la grandeza de lo reluciente de los ojos, y su cabeza es contra los hechizos; mejores ojos tiene el hombre, pues parecen dos hermosísimos luceros del cielo, y no tiene cosa que sirva para alivio de su prójimo, pues solo su provecho le mueve. El ciervo tiene aquel conocimiento de la yerba siselis, con que las mujeres mitigan los dolores del parto, comiéndola cuando vírgenes; el hombre conoce cuantas yerbas odoríferas y salutíferas hay en el mundo, sin pagar el enseño á quien tanto le costó su doctrina, y siendo malo, hasta el alma de los que con él traían infición: El oso se sustenta los inviernos del humor de sus manos, y el hombre de tan ricos y sustanciales alimentos como produce el aire, el mar y la tierra, sin desvelarse en dar gracias á su Criador. El toro solo fué un tiempo estimado entre los romanos, y el hombre sabio lo es en todo el mundo. El animal mas venerado de los españoles es el leon; y el hombre cuerdo, temido y venerado de todos los vivientes, y con tantas partes tan superiores á los animales, da en pago una continua ingratitud, sin acordarse de las obligaciones de cristiano, amando á la mentira y el engaño; y mandando Dios que ampare á su prójimo, en lugar de hacerlo, le pone el pié para que caiga. ¡Oh culebra vil é inútil, que arrastrando andas por encima de tu mismo pecado, sin dar la mano á la razon, para que sirviéndote de muleta, te levante del engaño en que estás! Si el castigo del mentiroso fuera como el de la atrevida abeja que pica, y el atrevimiento le cuesta la vida, él se apartara de su daño. En fin, volviendo á mi historia, no hay cosa estable en este mundo; pues lo que hoy es cuerpo viviente, mañana es frio cadáver. Enfadome el mendigar con tanta salud, y aconsejado de un religioso, á quien yo acudia, y de quien siempre he recibido buenos consejos, dejé la vida poltrona, asistiendo en su convento, donde hoy estoy sirviendo, sin que me falte cosa de lo necesario para alimentar la vida, que es la que te he contado.

Muy agradecido te confieso, dijo el cautivo, á la merced que de tí he recibido en haber contado tu vida, que de verdad que tiene que dar muchas gracias á Dios el que criándose sin padres ni maestro, sale virtuoso, y en particular el que ha corrido siempre fortuna de pobre; y porque ya es tarde y el cuerpo miserable pide descanso, dejo de contarte mi peregrina historia, pero lo ofrezco para la primera ocasion; solo te digo que mi nombre es Onofre, mi patria Nápoles, y te suplico que por la mañana vengas, para que como hijo deste lugar me le enseñes, con las cosas mas notables que en él pasan, que pues confiesas no moverte el interés, yo te ofrezco el agradecimiento. A quien Juanillo ofreció de servirle, y despedidos, se recogieron.

DISCURSO II.

No apenas mostraba el día sus deseadas luces, pues solo las muestra ó manifiesta entre penas á aquel que

las aguarda para ofensas de Dios, sirviéndole de letargo mortal lo que por alivio le envia el Autor de todo. Mostrólas entre alegres endechas de diversas aves, con cuya sonora armonía alaban á su Criador, cuando llamó á la puerta de la posada de Onofre Juanillo, á quien halló vestido, que á quien siguen cuidados, poco acompaña el descanso. Diéronse los buenos días, y despues de preguntarse cómo habian pasado la noche, y respondiéndose cortesmente, dijo Juanillo así: Pues Dios ha sido servido que veamos la luz del día, habiendo pasado la oscura tiniebla, aquella que con su manto nos enluta las luces que nos alientan, con que nos da liciones para morir, pues cada día tiene fin, sin reservarse el mas festivo ó lucido del año, imitando la triste muerte á la fria noche, pues atrevida acaba la vida mas descansada y la edad mas robusta, hilando siempre el estambre sutil de nuestra vida la parca Cloto, Lachesis la tuerce, y Atropos la corta. ¡Oh corta vida del hombre! pues sin hora de descanso pasas la carrera, sin poder volver atrás un paso. Razon será que desterrando la pereza nos encaminemos adonde con quietud oigamos misa; y si te parece, sea en la casa de la milagrosa virgen de las Mercedes, pues es á quien debes el buen suceso de tu libertad, que allí hay gran quietud, que es la parte que mas conviene para contemplar tal misterio. Contento soy, dijo Onofre, bien puedes guiar donde quisieres, que desde luego te doy palabra de obedecerte en todo.

Fueron, y á breve instancia llegaron al religiosísimo convento de la redentora María, en cuyo altar mayor hicieron oracion, pasando al milagroso santuario de aquella hermosísima aurora, que desde el seno del padre fué enviada para ser madre de Dios, con el privilegio de concebida en gracia y en gloria, dádiva de su amado hijo, como quien pudo y quiso; y así que entraron en la capilla, cuyo título es Remedios del hombre, salió misa, que oyeron con grande quietud, hasta que copioso número de hombres y mujeres se llegaron á la santa comunión, que duró el darla largo espacio, de lo que Onofre estaba absorto y elevado, viendo tantas almas arrepentidas junto á su Dios, pues con amor le recogian en sus entrañas. Acabóse la misa, y saliendo á la calle, preguntó Onofre á Juanillo si era continuo el comulgar tanta gente. A lo que respondió: Sí, y dura el tiempo que las misas, que será hasta las dos del día, y no es solo en esta capilla, que hay en Madrid muchos santuarios donde es lo mismo. Onofre no cesaba de dar gracias á Dios, diciendo: Señor, tantas almas buenas son causa sin duda que nos consintais á tantos malos como somos en este mundo. Perturbólos la contemplacion una tropa de pobres que iban á todo correr; y habiendo Onofre reparado en sus achaques, que despues de colmada edad habia tullidos, mancos y otros con plagas bastantes para pedir limosna, reparó en otra cantidad de mujeres, asimismo pobres, con las ruinas que la edad y la necesidad traen. Preguntó á Juanillo la causa de ir separados unos de otros y dónde tan apriesa, á lo que respondió: Estos van con

la bulla que ves por conseguir el coger limosna de dos ó tres casas; y el ir apartados hombres de mujeres es que en algunos casas de señores, donde dan limosna, gustan que el rato que aguardan sea no estando juntos, porque la ociosidad no tome ocasiones; y así, dan en unas casas limosna á hombres, y en otras á mujeres; y yo me conformo con el buen gusto, pues aunque pobres, tambien son de la culpable materia que los ricos, aunque algunos creo que extrañan esta verdad, pues en viendo á un pobre buyen de él como de una fiera, siendo quien por un ochavo se ofrece á ser abogado ante el tribunal de Dios. ¡Qué de cosas consigue el que da limosna al necesitado! pues viéndose socorrido, dice, penetrando con aquella humilde vista las celestes esferas: ¡Dios te dé que dar, dándote de sus bienes! El que lo ve ó lo sabe esparce fama, pues con amor le alaba de caritativo y limosnero. Dios, que todo lo alcanza, le señala premio, porque parte con el mendigo el hacienda que le dió en administracion. ¡Oh grandeza de la limosna dada con amor! Que no es razon darla con desagrado al que necesitado la pide, que harta vergüenza gasta, y bien propia, á trueco de sufrimiento ajeno, y no serán estos pobres solos, prosiguió Juanillo, que por otras calles irán muchos mas; y estos son pobres que no perecen, porque piden públicamente, pero cuántos necesitados habrá de puerta adentro con muchos hijos, sin tener pan que darles. Tal creo, dijo Onofre, pero no morirán de hambre, que tienen gran Dios que los socorra. Así es, respondió Juanillo, y para que alabes su grandeza y por el camino que cuida de sus ovejas el Pastor celestial, escucha.

Sale de la casa de un hombre poderoso una criada en busca de lumbre, y pasa cuatro puertas de la suya; vive en la que llega á llamar una pobre viuda con seis hijos: allí va á buscar lumbre, donde no ha ido jamás y casi en jamás se enciende; allí la guia Dios; llama á la puerta, y pregunta: ¿Hay lumbre? Conócela la mujer en la voz, y con eco afable la responde que no. No lo oye la moza, y entra dentro; la buena mujer la recibe como á cosa de la casa de un poderoso, que amor, rendimiento y agasajo siempre sobra donde sobra necesidad; la moza la mira el rostro pálido, lo que un pobre trapo, que sirve de toca, concede que se vea; vuelve la vista á un lado, y ve entre muy remendada manta seis criaturas, á quien por tapar mal la poca ropa manifiestan harto trabajosas camisas; uno llora, otro se va enterneciendo como ve llorar á su hermano, el mas pequeño pide pan, otro pide agua, otro dice que le vistan, y el mayor con algun discurso les dice que callen y no sean cansados. La madre enjuga con la toca las lágrimas que el sentimiento ha traído á sus ojos, y dice: Déjalos á los pobres, que no se han desayunado desde ayer mañana. La moza que por lumbre habia ido se enternece y queda como absorta; mira á todas partes, y cuanto ve todo es pobreza; vuelve el rostro, porque no vean su sentimiento, y enjúgale en el revés de la basquiña; sálese triste, sin pedir

lumbre, y sin ella se va á su casa; véla su ama, que aguardándola está para hacer chocolate; dícela: ¿Cómo no traes la lumbre? La moza no acierta á responder; mírala su señora el rostro, véle lloroso; preguntala qué tiene ó quién la ha ofendido, qué la falta, que cómo habiendo salido bien alegre, vuelve tan triste, que la saque de dudas y la responda. La moza, impedida de un sollozo, negándola el paso á la respiracion, forma medias palabras, y á partes iguales, ojos y lengua, cuenta la miseria que en aquella casa hay y la necesidad que padece. La señora, llena de piedad, agradece lo compasivo de su criada, y dícela: Si tú, á quien no acompaña tanto discurso como á otros, sientes tan entrañablemente la miseria del pobre, ¿cómo mi corazon no se deshace en lágrimas y te acompaña? Y pues me has dado en qué merecer con Dios, y poder emplearme en un acto tan agradable á sus ojos, socorrer quiero á esa mujer pobre, que bien tengo entendido que es una viuda recogida y virtuosa; y así, dueña te hago de cuanto hay en casa; alienta su pobreza, y ten cuidado cada día de hacerlo, pues Dios me ha dado con qué. La moza, desde aquel día nada perezosa, se convierte en ángel, y cuida de aquella Daniel metida en un lago de miserias, rodeada de seis leones, llevándola el sustento.

Mira por el camino que Dios envió á esta pobre qué comer, pues bien puedes creer que pasa en este lugar esto y mucho mas; y tambien hay algunos que pueden hacer limosnas, y no saben que tal se usa en el mundo, antes sirven de quitar el sustento al desvalido, en lugar de dárselo, y pasan á mas, que lo mismo que los sirve para anhelar, tambien se lo quitan ó encarecen.

La bien gobernada república de abejas cria entre sí un animalito parecido á ellas en lo que la vista registra; llámale zángano; susténtase con el trabajo de la pobre abeja, gozando del licor que su afan cria, pues la come la miel y la cera, sirviendo solamente de estorbo y de inquietud, sin dar provecho alguno, y aun no se contenta su ambicion, que cuando salen las abejas á buscar qué comer va con ellas, y es el que se come las flores mas copiosas y altas, sin dejar las cosas buenas; hasta en la comida pone carestía, que no se contenta con quitarlas el sudor y aliento con que afanan, siendo su estorbo y su inquietud, y apurándolas el caudal, que tambien las quita lo que las sirve de aliento. ¡Oh zángano con quien hablo! que no quieres conocer la pobreza de esa abeja, teniendo en tu casa, donde habitas, mucho mas de lo que has menester, y allí te ha dado Dios, con medida colmada, los haberes del siglo; conténtate con eso, y deja al pobre que aliente su penosa vida, pues con ella está gustoso, aunque no sale de trabajos; no le quites lo que le alienta, que le cuesta gotas de sangre; y si no quieres cesar hasta ver acabada esa higa que contemplas en el mísero, mira que una que cuesta dos cuartos suele librar de mal ojo al que la trae; compra tú las alabanzas de un pobre por dos maravedís, que en tal ocasion lo harás, que te sirva de guarda para no caer en las llamas eternas. Es-

cucha, oírás lamentar al pobre, y verás cómo Dios cuida de lo que tú habías de hacer con la hacienda que te dió; no te bagas malquisto con tu Criador, abre los ojos y presta el oído, que si no lo haces, te diré que aures peor que el áspid, pues para no oír á quien le quiere encantar, cose el un oído con la tierra y el otro tapa con la cola; pero hácelo por librar la vida de los que procuraban que salga de la cueva para matarle; pero tú tapas los oídos con los entretenimientos, por no escuchar las lástimas, y cierras los ojos por no ver al que representa á Dios cuando andaba en el mundo, pues pobre fué desde que nació en un pobre albergue, hasta que murió en un desierto, siendo enterrado de la Misericordia; mira que el áspid, por defender la cabeza, opone al riesgo todo el cuerpo, y tú opones toda el alma para defender la hacienda. Y si no te mueve lo dicho para que la conmiseración te ablande, mira que de Amasis cuentan que, viendo llevar á morir á un solo hijo que tenía, no lloró ni mostró sentimiento alguno, y lloró muy tiernas lágrimas viendo pedir limosna á un amigo suyo; compadécete tú de ver entre miserias y aflicciones al pobre, que puede ser que sea indigno del estado que tiene, y tú del que gozas; limpia la cera del oído, desembarázale, déjale sincero, y entonces escucha.

¡Ay! dice el pobre al amanecer, si Dios me dará en qué ganar un pedazo de pan para mis hijos. ¡Ay! dice á medio día, hijos queridos, tomad ese pobre sustento que vuestro padre ha adquirido. Saca de un paño blanco y roto dos cuartos de morcillas de carnero y un panecillo; enternécete, y con la capa se limpia los ojos; mírale su esposa, y dice entre sí: Corazón mío, ¿de qué metal eres hecho, que viendo aquellas lágrimas de sangre blanca, tú no las viertes de sangre roja? Surten tantas á sus ojos, que tal vez las niega el paso el penoso sollozo; el pobre marido, que á su pena había menester quien le ofreciese alivios, es quien necesita de consuelo para su mujer; ásele las manos, llégala á sí y abrázala, diciendo: Pasa ese corazón con el mío, amada esposa, para que yo sea solo el que sienta por los dos. A este paso, atentos cuatro hijos queridos y bien doctrinados, forma una capilla de tristes voces, y de verlos llorar y á sus padres, procuran el consuelo por aplacar su llanto. Uno dice: Madre mía de mi corazón; otro: Padre de mis entrañas; otro chiquito, de ver llorar á sus hermanos, ya se enternece y suspira. Llamad, niños, al Padre del alma, que es el interior y el poderoso, que el padre exterior no puede más. A tantas lágrimas, á tantos suspiros, á tanta aflicción y á tanta pobreza, ¿quién será quien socorra? ¿El rico, el próspero, el que tiene más de lo que ha menester? No. Pues ¿quién? Dios, por medio de la misma pobreza, cuida del vil gusano, del bruto, del ave y del pez, ¡y se había de olvidar de su imagen y semejanza, que es el hombre! No cabe en Dios la dureza que en el mortal.

Llama á la puerta un religioso capuchino, y dice: ¿Hay un huevo para los pobres enfermos? Recoge el llanto la mujer y sale á responder, no tan enjutas las lágrimas que el religioso no conozca su tristeza. ¿Qué

tiene? la pregunta. ¿Qué le aflige? No me niegue la verdad. Surten otra vez á sus ojos copiosas lágrimas, que es propio en el triste el aumentar el llanto la vista de quien le puede remediar. Vuelve á sacudir el sollozo, sin poder pronunciar más palabras que: Mi marido, mis hijos, yo todo pobreza. No la consiente la pena que diga más, y sin más preguntar, entra dentro el religioso, guiado de la misericordia de Dios, donde ve llanto de inocentes y amor de piadosos. Enternécese también, confórtase con brevedad, y empieza á consolar. No hay más, hijos, ea, desechad la tristeza, que Dios que lo ve lo remediará. Oye su afán de la boca del hombre, que entre sus colmadas penas ya siente alegría, con solo ver aquel saco de sayal tan amoroso á los ojos de Dios, por ser insignia del más humilde pobre. Saca el religioso de las mangas cuatro panecillos, y de una cesta media docena de huevos, dásele, y dice: Hermano, Dios se lo da, acuda á la portería de mi convento cada mañana, que yo tendré cuidado de socorrerle con lo que pudiere. Agradecido el hombre, le ase las mangas, y en él las refresca la boca y los ojos; él se despide, dando á cada muchacho cuatro pasas, con que quedan contentos; y al salir de la puerta la da á la mujer un papelillo; ella, creyendo que es el nombre de Jesús, le mete en el pecho.

Vase el religioso, y ellos quedan con un consuelo tan interior, que llenos de gozo, no hacen más de mirarse el uno al otro. Llegase uno de los muchachos á la madre, y como la vió dar el papelillo, la dice: ¿A ver qué es, madre mía? Esta saca el papel, extiéndele los dobleces, y ve que tiene más letras de las que imaginó; dásele al marido para que le lea, ve que es libranza en que dice la providencia de Dios: Dé el síndico de este convento de San Antonio treinta reales al portador. Ya el gozo en estos pobres encubiertos pasa de gozo, pues enmudecen, conociendo que Dios ha sido el que ha socorrido su tristeza; vase el hombre á su afán, y la mujer sale en busca de quien la ha de pagar el papel; hállale con brevedad, y con un semblante de gozo la despacha con su dinero.

Abre los ojos, rico miserable, pues has escuchado el llanto del pobre, y ves cómo á tus descuidos se desvela el mismo Dios, para cuidar de lo que á tí tocaba de derecho con el hacienda que te pidió.

Perdona, Onofre, prosiguió Juanillo, si te he cansado, que en llegando á estos lances, como pobre, aunque se enternece el alma, el corazón me ofrece alientos para decir lo que pasa en Madrid, tan verdaderamente como lo has oído. Antes te confieso, dijo Onofre, que gusto tanto de oírte, que lo hiciera continuamente, pues á tus razones cualquier pecho cristiano debe atender; y así prosigue si tienes más que decir, pues todo lo que pasa en este lugar de tan gran confusión no se puede ver, y para saberlo necesito de tu buen discurso. Siendo eso así, prosiguió Juanillo, pues has oído del modo que pasa la vida el pobre, oye de la forma que la goza el rico.

¿Qué tiempo hace? pregunta el poderoso por la ma-

ñana. Responde un criado: Triste hace el día, y está lloviendo; bien responde este criado: triste y llorando está el día. Poderoso, abre los ojos del entendimiento, y verás cómo cesa el tiempo de arrojar lágrimas para que lluevan tus ojos. Manda que cierren las ventanas y que le traigan chocolate. Vase levantando, abriendo más boca que la tarasca. Salta de la cama, y ya le espera un criado, ocupadas las manos con unas chancletas de terciopelo; póneselas en los pies, y otro criado le echa en los hombros una capa de grana, y pone en la cabeza una gorra de felpa. Siéntase cerca de la cama, junto á un brasero de lumbre, no porque siente frío, pero basta el que ha oído decir que le hace. Vase calzando, entra el chocolate, tómalo y acábase de vestir. Manda poner el coche, vase á misa, porque es día que obliga, esto hace si no hay oratorio en casa, que en Madrid ya hay tantos como poderosos; procura oír la mas breve, y da vuelta á casa. Pide de almorzar algo ligero porque no se le estrague la gana para el medio día, porque solo está pensando en que ha de comer mucho; sácanle una conserva, toma dos bocados, y parecele que se le han abierto las ganas, con que dice que le saquen algo de mas jugo; tráenle una polla de leche, come las pechugas y la rabadilla; va pellizcando lo más tostado, y poco á poco la deja esqueleto. Manda quitar la mesa, y sobre el brazo de una silla donde está sentado se recuesta; á breve rato pide un libro entretenido, dánsele, lee breve, y manda que le toquen un instrumento; en estos lances llega la hora del comer. Llámale á la mesa, donde le esperan diversas viandas; come de todas, sin reservar principios ni postres. Levántase, murmurando entre dientes de un palillo que le escarba las encías, sin hacer caso de lo que le escarba la conciencia, y pregunta qué comedia hacen; dicese-lo, y responde: Mal título tiene, pero no hace tiempo para otro entretenimiento. Vase á ella, véla representar en compañía de otro de su misma posibilidad, y si no le gusta mucho, se sale á la segunda jornada, alborotando para ello la gente del patio. Vase á casa, si antes no se van adonde Venus convida con su plato, pónense á jugar hasta la media noche, y de cuando en cuando pide de beber con sus bizcochos de canela. Dice el uno: Esta vida no se puede llevar; hace un tiempo tan encogido, que no sabe un hombre qué hacerse, sin poder salir á espaciarse. El otro dice: Mortal estoy en tales días, sin poder ir á buscar un entretenimiento. Este se debe de sentir inmortal lo más del año, pues dice que está mortal en días tristes no más. ¡Oh qué ajeno está de la razón el que en solo un día dice verdad, sin hacer reparo que el mismo tiempo esconde sus luces por no ver las demasías que hace el hombre! ¡Qué vida pasarán estos que tienen bienes en días alegres y espaciosos, si en los tristes y encogidos, pasando la que he dicho, les parece penosa, y puede ser que los pariese su madre sobre una alfombra de malvas, y recogiese en harto pobres pañales! La cosa más amada y aborrecida que hay es la pobreza; todos la alaban, y con razón deben hacerlo, pero nadie la busca ni procura, que el poderoso no la

alaba para propia; que bajarse de aquel lugar en que le tiene la fortuna no le está bien, ni es consejo sano para él; pero pues ama á la pobreza porque Dios la amó, se acuerde del pobre, á quien suele probar la paciencia el corto poder, y repare que tiene la fortuna muchas mudanzas, y que el capitán Belisario, después de haber vencido á los persas en el Oriente, á los godos en Italia, y á los vándalos en Africa, dando todas estas victorias al emperador Justiniano, el mundo le pagó por una libranza de la envidia, y le sacó los ojos, viniendo á tan miserable estado, que su albergue era una pobre cabaña de pastores, de donde salía á pedir limosna para alimentar la triste vida. Nadie confie en que tiene; obre bien, que no hay mayor seguridad ni vida más descansada, y tenga por cierto que el caritativo y piadoso, que siempre anda lo uno con lo otro, si se emplea en el socorro del necesitado, es como la luz, que hermosa y caudalosa, llegan á ella otras que necesitan de resplandor, y pródiga da su caudal á los mendigos necesitados, sin que en ella se conozca falta alguna, antes más copiosa mientras más da.

Estos ricos para el adorno personal no dejan terciopelo rizo ni liso, felpa, chamelete, tafetan ni raso, que todo no lo arrastran, y aun inventan otras telas; medias de pelo y de arrugar, las bastantes; zapatos, los que sobran; sombrero de castor, más de uno; ropa blanca, mucha, que no hacen otra cosa las doncellas de casa. Deste modo viven, no como un hombre deste lugar, que yo conozco, mozo, rico y soltero, que habiéndome enseñado su casa, y después del adorno, que era bueno y curioso, habiéndosele alabado, me dijo: Lo mejor falta que veas, y sacó de debajo de la cama un ataúd, dado triste color, y dentro dél la mortaja, atada con un cordel de esparto; y viendo alguna suspensión en mí, me dijo: Mas cierta es esta alhaja que cuantas has visto; mortal soy, sé que me he de morir, y para que no se me olvide, tengo debajo del lecho donde descanso este despertador. Esto es en cuanto á la verdad de la muerte; en la posibilidad de todo lo que adquiero, son dueños de la mitad los pobres; en cuanto á otras obras, quédese á Dios. Esto me dijo, y yo digo ahora que esta vida es como la flor del amaranto, que jamás se marchita. Mas da que hacer el pobre en su casa; pero ¿qué pobre hay que no enfade, estorbe y canse, si le oprime la necesidad? Cada noche ha menester su mujer dos cuartos de hilo para remendarle el hato; toma la camisa, y más que el verla rota, la aburre y consume no tener remiendos para ella, obligándola la fuerza de la necesidad á cercenar las faldas para acudir al cuerpo; si ase los calzones, que parecen salpicados de diferentes remiendos, papagayos en muda, los tiene en pie, volviéndolos lo de atrás adelante. Las mangas vestideras, que asidas á un miserable jubon de gamuzas andan, son de fustán, bien parecidas á los calzones en lo trabajoso. La ropilla, sin mangas, que perdidas se han deshecho á puras peticiones de los zaragüelles. La capa, muy alcuza, que también ha entrado en las sisas de tantos remiendos como se han ofrecido

para socorrer la necesidad del vestido. El sombrero, como los zapatos, que á puro limpiarlos, ya no tienen color. Las medias han sido parte para haber hecho á su mujer maestra de coger puntos, y con toda esta miseria se holgaría de tener qué comer para él y su mujer.

¡Dios justo y santo! que haya hombres á quien diste hacienda sobrada, que no reparan en la mujer que no sale á misa, por no tener manto, y en la que por ser vergonzante aguarda á que la noche la ampare para salir á buscar un pedazo de pan, y la que para dar de comer á sus hijos va al matadero, y aguarda á que arrojen unos desperdicios de los vientres de las vacas para cogerlos, y con ellos sustentarse, y que todas estas que digo tambien tuvieron bienes, y ya no quedó ni aun señales de que hubo, solo quedó la puerta que la vil necesidad abre para que la virtud se vaya, y solo al que puedese le concede cerrar esta puerta que tan olvidada tiene; pero ¿qué mucho, si los tiene turbada la vista tanto entretenimiento como inventa su poder? Estos zánganos aun no se contentan con hacerse ciegos y sordos á las tristes y necesitadas quejas del pobre, que tambien procuran quitarlos lo poco que tienen.

Vive cerca de la casa de un poderoso un pobre, en una casilla que fué de sus abuelos, y siempre la reserva de las ocasiones de la necesidad, temblando de que si la vende se acabará el dinero que le dieron por ella, y se hallará sin casa y pobre como siempre. El poderoso no cabe en la que vive; y para ensancharse, por medio de un criado suyo, y amigo del pobre, le envía á decir que le venda la casa; responde que, aunque su necesidad es grande, pues los mas días no tienen que comer, que no se determina por el presente á enajenarla, que antes pedirá por Dios un pedazo de pan. El poderoso que tal oye, le parece grande atrevimiento el que el pobre ha tenido en no haberle obedecido; y mas furioso que sierpe herida, promete en su corazón el darle mala vecindad, para que se vaya aburriendo. Cáese en estos lances una tapia que dividía las dos casas; con que el pobre parece que ha estado toda la vida en lo profundo de las minas del azogue, según tiembla, porque no tiene con qué levantar la parte que le toca. La tapia primero temblaría que se cayese; ya tiembla este pobre; á él le harán caer. El rico le envía á decir que mire que es menester abrir zanjas y sacar cimientos y levantar rafas de ladrillo, que es decente para la guarda de su casa y hacienda, que busque dinero, y que si no lo hace con brevedad, le echará de la casa por justicia, porque está por su lado muy á riesgo su hacienda. El pobre responde que por su casa no le faltará nada, y que él no ha menester tanto gasto, que con un cimiento de piedra aguja, como ella tenia, y una rafa de yeso tiene harto. El rico se enoja y le amenaza. Busca un albañil conocido y un ministro que lo sea tambien, que de la parte del rico nunca faltan cirineos. Dicen al pobre que mire que es menester levantar aquella tapia, ó que dé fianzas de seguridad á la hacienda de su vecino. El, que tal oye, se pone mas triste que la noche;

dice que le den tiempo para buscar dinero sobre la casa, por no tener otra prenda; á lo que le responden que buen espacio busca, que procure modo mas breve, porque á otro día sin dilacion alguna se ha de empezar. El pobre no sabe qué responder; quédase confuso, mirándolos como quien dice: Socorredme por pobre. A esotra puerta, que esa no se abre. El maestro, como le ve confuso, le dice que mejor le ha de estar el venderla, y pues tiene tan buena ocasion, que hace mal en no gozarla, porque la medianería le ha de costar mucho; que tome su consejo, que le ofrece de hacer sus partes en la tasacion. El pobre, que tal oye y se ve sin consejo mas de aquel que le dan, y que todos son de parte de que la venda, se determina á ello. Tratan de concierto, ajústase, danle su dinero, y échale en la calle; busca casa de alquiler; mírase triste, fuera del rincón donde nació y llamaba suyo. Hállase embrazado con el dinero, y temeroso de no gastarlo ó que se le baje, busca dónde ponerlo á ganar; halla con brevedad un enredador que le carea con otro, que de ordinario el malo trae otros tales por segundas personas; dícele que don Fulano es hombre hacendado y de mucho caudal, á quien podrá dar aquella cantidad. El pobre con facilidad da crédito á todo, porque le parece que como él es hombre llano y sincero, todos lo serán. Entrega su dinero, hácenle escritura de á tanto por ciento, y de su misma hacienda le dan medio año adelantado de réditos; cree que le han dado algo; pasa el primero mes, y al segundo ya se ha levantado el enredador con el hacienda deste pobre y otros.

Mira la obra que hizo el zángano poderoso á la cuilada abeja en quitarla la casa, sin reparar que en siete piés de tierra ha de estar hasta el fin del mundo, y para cuatro días que tiene de vida, le parece poca la capacidad que pisa, quitándole para ensancharse la humildé choza al mísero y pobre viviente.

Es la carcoma un gusanillo pequeño, pero muy ambicioso; no se contenta con poco, hállase con mucho, y todo lo pierde. Arrímase á un árbol grande, hermoso y pomposo de hojas, con intento de buscar dónde recogerse; y al pié de su edificio empieza á roer hasta que cabe su cuerpo. Hállase bien en casa que llama propia; parécele que la comida no ha de faltar; cree que el tiempo no le ha de ofender, y no se acuerda que hay fin, y aun no está contento, que como va creciendo su soberbia y no cabe en aquel aposento, y procura roer mas y mas en el corazón del árbol, labrando salas y recibimientos muy de su gusto, hasta que á puro roer al árbol le seca y quita la vida. Repara en él el labrador que busca leña, y como le ve tan sin jugo de virtud, le corta para entregarle al fuego, donde con toda su vanidad muere la ambiciosa carcoma. Guárdese el que con hacienda mal adquirida labra palacios, que puede ser faltar el brio que le alienta y llegar Atropos con su cortadera y derribarle. Pida á Dios, arrepentido, antes que falte el tiempo, que este labrador, que no reserva árbol, por mas grande y copetudo que sea, que no le corte para entregarle al fuego eterno. ¿Quién es el que

verdaderamente se puede llamar rico, preguntó un discípulo á su maestro? Y respondióle que aquel que humilde, estando próspero en los bienes del mundo, se tenia en poco, siendo de otros tenido en mucho. Y añadió: Aquel que se temple por sí solo cuando está mas airado. Un poeta dijo que los bienes deste mundo eran todos como el vuelo del águila, que apenas le empieza cuando se desaparece. El obrar bien es lo mas durable; y el acudir al pobre es el oro que resplandece en las armas del noble; que el pobre, todo su caudal se convierte en imaginados deseos; y el caudal del rico son los cumplimientos de sus apetitos; pero el pobre deseando, y el rico ejecutando, tienen á quién temer, que es la muerte.

DISCURSO III.

En los oídos del piadoso siempre suena bien la conversacion que solo se endereza para consuelo del pobre; ejercicio honesto es hablar en la caridad y aumentos espirituales y temporales del prójimo, y de hombre de sano juicio es dar lición de virtud, en particular al que carece della; y así, todo cuanto he oído, amigo, dijo Onofre, ha hecho en mis oídos muy gustoso ruido; bien se conoce que tienes experiencia en lo que has dicho, pues lo cuentas como á aquel á quien puede haber sucedido. Ya te he contado, respondió Juanillo, cómo siempre he sido pobre; y así, como tal te confieso que puede ser, pues los trabajos nunca huyen del mísero en bienes de fortuna; pero cree que pasa en este lugar lo que te he contado, y aun mucho mas; y pues el día va manifestando su edad, y el sol descubre sus luces á la tierra, con que la fertiliza y alienta, guíenos por esta calle arriba, saldremos á la Plaza Mayor, y verás cómo va empezando su confusion, que despues que alabes su hermosa planta, harás reparo en lo que encierra de mantenimientos, que no es el menor bien de una república tener rey justo y piadoso, juez entendido, gobernador desinteresado y plaza abastecida. Pasaron la Puerta Cerrada, y subieron la escalera de piedra de la Cava, dando en el portal de los Pañeros, en cuyo sitio hizo reparo Onofre, preguntando á Juanillo qué tiendas eran aquellas, que le admiraba lo adornado y compuesto de sus telas. A lo que Juanillo respondió: Todas estas, y mas que hay á la vuelta, son de mercaderes de paños, y yo me acuerdo, y no soy muy viejo, cuando en cada poste destes habia otra tienda de medias de cordellate de todos colores; y algunas que habia de regalo eran de estameña, y todas se vendian, porque las compraban las mozas de servicio; y ya es mercadería que sin pragmática se arrinconó su traje, como el de los cuellos y los guardainfantes en este tiempo; pues no hay zarrapastrosa que no haya condenado á destruición las faldillas del jubon, quitasol del guardainfante, solo por ir hecha toda ella una francesa ó gruesa de agujetas, pues mas parecen señuelos de la paranza del pecado que trajes decentes. Pues dime, preguntó Onofre, ¿no hay ya quien sirva, ó qué es la causa? Mas mozas hay hoy que damas, replicó Juanillo, y no falta á quién ser-

vir, pues no hay verdulera ni carnicera que no use y quiera criadas. No consiste en eso, y si lo quieres saber, escucha, pues no te cansan mis razones.

Está ya tan perdido el mundo, y en particular este lugar, que las que en el tiempo de marras eran mozas de servicio, ya son damas en esta edad, usando el traje que te diré, que es harto indecente; pero muchas que le usan y sirven me dan que notar el que sea cierto estar contento y pagado su amo, aunque la vea con mas adorno que á su esposa, pues consiente el que lo ande con su desvergüenza y libertad; y verdaderamente mas pena debe, en mi juicio, el consintiente que el hechor. Trae la picarona camisa muy delgada, con el cabezon y puños bien labrados; enaguas de beatilla, con puntas algo grandes, porque se vean bien, que es anzuelo para la pesca de estos tiempos; medias de pelo, de un color tan salido como ellas; calcetas de hilo muy delgado, mas de un par, porque hagan piernas; zapato muy replicado, él y el zapatero porque le hiciese pequeño; ligas de colonia ancha con puntas blancas, que faltan en lo que se ha de ver, fuera mucho descuido; encima de un jubon de cotonia, uno de rasilla, porque venga con la tela de la cara, que es bien rasa; la cabeza hecha un mayo con cintas de mas colores que inventa Venecia, toda ella una flor, pero flor con muchas espinas, mas que el espino, junco, zarza y cambronería, frutos que produjo la tierra despues que fué maldita. Trae arracadas de perlas, y perlas por gargantilla, que para tales damas ya murieron coral, azabache y abalorio, y peonías ya no se siembran; usan un guardapiés con ocho guarñiciones muy anchas; y en traer la cara acicalada no se descuidan, como anda en venta la hoja; cúbrense con una capa mejor que la trae su amo ó con una mantilla blanca muy grande; á él no se le da nada, porque la mira con gusto. A pocos lances pide manto; en siendo señora dél, pide puntas, que sin ellas dice que es de viuda, y no entiende serlo. Mira tú todo esto cómo se sustentará con quince reales de salario; no guian ellas el agua á su molino con los quince del salario, con tener quince al gasto. Y á esa moza que has pintado, dijo Onofre, ¿quién la sirve? que dama tan compuesta ha menester criada. Dentro de casa la tiene, respondió Juanillo, que lo es su ama; porque gusta el señor de casa, que como trae medias de Inglaterra, que parece que han tenido viruelas y muchas, según sus costurones, sírvanla de ligas unas cintas de lana; los zapatos son, aunque viejos, hartos de cordoban y suela; camisa echada en casa, que la hiló ella, y no su criada; toca de lino en la cabeza, y en las orejas arillos de plata, con unas calabacillas de coral; gargantilla de lo mismo, vestido de estameña de Toledo, y manto de peso, todo apreo de buen gusto, mas no á gusto del señor, que le ha empleado todo en su criada, porque cuida del rostro, sin hacer reparo que rostro y cuerpo tienen el título que el libro de Montalvan. Así consiente á la mujer que sirva á su criada. Ciego está tal hombre, y es fuerza que lo esté quien se ha dado todo al dios vendado. Porque no se pierda esta moza, dice á su es-